

**VOSOTROS
QUE ESTÁIS
AHÍ**
juan roméu

Vosotros que estáis ahí

1

A vosotros

Vosotros que estáis ahí
y os merecéis en mis poesías
más que estrofas y rimas
y versos en color.

Vosotros que estáis ahí
y que podéis escucharme
y que no necesitáis
ritmos en vuestras vidas.

Vosotros que estáis ahí.
Sí, vosotros que estáis ahí.
Y que sois mis poesías
y mis estrofas
y mis rimas
y mis ritmos
sin color.

Vosotros que estáis ahí
y sabéis lo que yo pienso.

Sí,
sólo vosotros...

2

Lo perdió todo.
No quiso casarse.
Se hizo vieja y estaba sola.
El amor había abandonado
a aquella triste anciana.
De la edad ya no le quedaban lágrimas
y sólo podía suspirar
contra su pasado.
Sin embargo, un día
la miró con cariño
otro viejo solitario
y sus mejillas se ruborizaron
recuperando su color.
En el corazón de los viejos
todavía quedaba adolescencia,
y, aunque estaban solos,
se besaron.

Sí, no hay nada peor
que perder a un amigo.
Todos lo sabíamos,
pero dejamos de vernos
para siempre.

No estaba casada.

No.

Y se le veía en los ojos
el recuerdo de un amor adolescente.

No estaba casada.

No.

Y siempre que lloraba
olían sus lágrimas
a aquel amor perdido.

No estaba casada.

No.

No lucía ningún anillo.

Y se le veían los dedos muy tristes.
Y además sus manos eran pequeñas.

Muy pequeñas...

Le miré con dulzura
queriéndole decir con mis pupilas
que estaría a su lado.

Y él no me respondió.

Le saludé con mi mano
queriéndole decir con mis gestos
que le daría todo.

Y él no me respondió.

Le canté una canción muy dulce
que había aprendido de pequeño
y una lágrima se le cayó.

Y, entonces, me di cuenta:
¡Era ciego! ¡Ciego!

Yo no sabía que los ciegos
pudieran llorar...

Cantaban alegrando el vagón de metro.
¿Cómo alguien podía prohibir
que llevaran la felicidad
de vagón en vagón?

Volaban con sus notas
las lágrimas de los pasajeros
y una sonrisa tocaba sus guitarras.
Yo no les quise mirar.
Me daba miedo,
pero lo tuve que hacer.
Y entonces ocurrió lo que temía.

Uno de aquellos hombres aztecas
se cruzó con mis ojos
y se quedó mirándome
como pidiendo auxilio,
que le sacara de allí.
Ya sabía yo que detrás de esas notas
se escondía la tristeza
más mísera de la música.
Y, sin embargo, aquel día,
en aquel vagón de metro cualquiera,
me gustaría haber sido
uno de ellos...

Aquella mujer sentada
en la parada del autobús
esperando... ¿quién sabe?
quizás a la muerte
—sus ojos parecían decirlo—
tenía los brazos
cruzados sobre las piernas
y el pelo muy corto
y demasiado rojo.
Yo escuchaba los suspiros
de su boca.
Tenía la mirada perdida.
No estaba esperando al autobús.
Por eso, cuando vino
se subió a él
esperando...
¿quién sabe?
quizás otros recuerdos
y con la mirada perdida...

¿Quién besará por primera vez
mis labios?
—decía la niña sentada
en aquel banco de madera—.
Era por la tarde
y un gorrión se posó a sus pies
picoteando las migas
del bocadillo de un niño
que antes se había sentado
en aquel banco de madera...

Era muy guapa
pero nadie la miraba,
quizás porque bajo su belleza
se escondía la tristeza
más fea del mundo.

Era muy guapa...
y para él
sólo era eso...

¿Por qué me miráis todos
como si fuera un ángel?

¿Por qué me miráis así
si yo no tengo alas?

¿Por qué me miráis todos
como si fuera un ángel
si yo sólo tengo un lápiz
y una sonrisa?

El viejo, cada mañana
sentado en el banco
daba pan a los gorriones.

No tenía a nadie más.

Un día abrieron en el parque
una panadería nueva
y el viejo se quedó solo,
como antes
y nadie nunca
se volvió a sentar
en el banco...

Vestía de deporte
y era joven.
Sin embargo, caminaba
mirando hacia atrás
constantemente,
como si alguien le persiguiera..
Era quizás el miedo de la muerte
o quizás el miedo de saber
que nadie querrá jamás
perseguirnos...

Leía el periódico
evadiéndose de su propia vida
con la cara tapada.
Movía la cabeza y se notaba
que no había noticias buenas.

El viento sopló sobre las hojas
y pude ver su desolado rostro.
Sus cejas arqueadas
se preguntaban
para qué las habían traído
al mundo...

La mujer embarazada
se acariciaba el vientre.
En su interior se notaban
seis meses de incertidumbre.
Y sus ojos miraban hacia el cielo
suplicando que fuera verdad
que Dios existe...
Y sus pupilas se volvieron grises
reflejando el movimiento
de las nubes rasgadas
en el cielo...

Se asomó a su ventana
con el torso descubierto.
Le pude ver desde la mía.
Me miró a los ojos
y pestañeó.
Me hizo un gesto
pero no pude entenderlo.
Cerré los ojos
y al abrirlas
ya no estaba:
se había vuelto a encerrar
en su oscuro cuarto...

Quería parecer simpática,
pero estaba triste por dentro.
Me recordaba a una rosa
ya sin agua
y me dio lástima.

Yo la quería triste
porque en su tristeza
se veía la pureza del amor.

Yo la quería triste
porque así era sincera
porque en su tristeza
estaba su vida.

Yo la quería triste
y, sin embargo insistía
en parecer simpática...

El cura tenía
la cara iluminada
mientras hablaba a los niños.
Éstos le miraban
y le escuchaban atentamente.
Pero, ¿en qué pensarían?
Nadie sabe nunca
en qué piensan los niños...

Ella le dijo: ¡Mira!
¡Una estrella fugaz!
¡Pide un deseo!

Y él cerró los ojos
y deseó el más bello mundo
a su lado,
sin darse cuenta
que era de día...

La anciana iba a cruzar
por el paso de cebra,
pero un coche
se adelantó
y estuvo a punto
de atropellarla
bajando la calle
muy rápido.

Yo me pregunté:
¿A dónde irá con tanta prisa?...

¡Cuánto la quería
con lo fea que era!
Y ellos se lo decían.
Pero él podía ver su alma
cuando la besaba...

Estaba sentado
como cualquier otra persona,
pero en su gesto se notaba
que su padre estaba muerto...

Se sentaba frente al mar
y leía libros de aventuras.
Por el horizonte cada día
pasaba, fiel a su hora,
un barquito de pesca.
Y él, dejando sus lecturas,
miraba al barquito
y esperaba a que desapareciera
hasta el siguiente día...

Era el más gracioso.
Todos nos reíamos
con él.
Y él se reía con nosotros.

Era el más gracioso,
pero por las noches,
en la soledad de su cuarto,
cuando nadie le escuchaba,
lloraba sin consuelo.

Era el más gracioso
y todos creían
que siempre se estaba riendo...

En el hospital
los familiares de los pacientes
se miraban los unos a los otros
y en seguida apartaban la vista,
seguramente por la impresión
de ver a través de sus ojos
lo mismo que veían reflejado
en ellos...

Los niños se reían
jugando a los puzzles con su profesora.
Ella, mientras,
estaba distante
pensando en sus problemas:
en el puzzle de su vida
que no era capaz
de resolver...

“El abuelo de su tiempo
era un poeta como tú”
—decía una abuela al nieto—.
Y el viejo lo negaba,
rechazando su pasado,
como si no quisiera
recordar...

Vi dos viejos besarse
y me di cuenta
que merece la pena
vivir...

Su voz era preciosa
y sus ojos eran muy profundos.
Tal vez, porque, aunque aún era adolescente,
se escondían tras ellos
muchos nombres de personas
olvidadas...

Se pelearon
y no se volvieron a hablar.
Se enamoraron del olvido
y al pasar los años,
cuando se cruzaron por la calle,
no reconocieron en el otro
la persona a la que más amaron
un día...

Encontró un pétalo de rosa
entre las páginas de un libro de poesía
y devolvió el libro al estante
sabiendo que nunca más
volvería a leérselo...

Descubrió en su cara
el libro de su juventud
y empezaron a brotar como flores
los recuerdos que dejó olvidados
en la sombra de su corazón.
Por eso cerró los ojos
y soñó que estaba muerto...

Echaron los dos
una moneda al estanque
y pidieron un deseo.
Luego yo eché otra moneda
y deseé que sus deseos
se hicieran realidad.
Me alejé por el camino
y el agua del estanque
se fue quedando quieta
mientras llegaba la noche...

Jugaba con su perro en el parque
y el perro ladraba muy feliz.
Le tiraba una pelota de tenis
y el perro se la traía
para que se la volviera a tirar.
El hombre se divertía.
Y, sin embargo, sabía
que los perros
no pueden amar...

El niño le preguntó
si se quería casar con él.
No sabía que algún día
tendría que pedirlo de verdad...

Salió el arco iris
y el padre le explicó a su hijo
lo que era.
El abuelo, mientras,
miraba un charco
buscando en su fondo
alguna estrella...

Leyó en el libro
una frase que subrayó
cuando era pequeño.
No comprendió
por qué la habría subrayado
y tuvo que cerrar el libro
antes de que una lágrima
mojara las letras...

Una vez vi un niño
matando a una hormiguita.
Le miré a los ojos
y vi que sus pupilas
eran también
dos pequeñas hormiguitas...

Bailaba, sí,
pero no era la canción
que estaban poniendo.
Estaba bailando
al ritmo
de sus propios
pensamientos...

Se murió riendo, Dios mío,
se murió riendo...
Su vida había sido desgraciada,
pero él siempre había tenido
una sonrisa.
Y se murió riendo, Dios mío,
se murió riendo...

Le reconoció.
Aquellos ojos...
Se acercó corriendo
con una enorme sonrisa
llena de recuerdos.
Pero no era él...

La actriz de teatro
representaba su papel.
Por primera vez en su vida
tanta gente la miraba.
En una de las escenas
quiso cambiar su vida
con la del personaje
que representaba...

Acabó la obra
y los aplausos
sonaron a derrota.
La actriz de teatro
volvió a su camerino
deseando que llegara
su próxima actuación...

No tenía amigos
y su madre estaba muy triste.
Le preguntaba que por qué
no salía.

A él no le gustaban
aquellos amigos.
Prefería estar solo
y leer...

Un ojo morado
llorando lágrimas moradas.
Se preguntaba por qué estaba
con él.

En una de aquellas lágrimas
apareció la imagen
de su antiguo novio,
al que dejó
porque se enamoró
de otro...

Acababa de salir de la cárcel.

Sí,

su piel parecía sombreada
por oscuros barrotes grises.

No tenía a nadie,
pero no le importaba;
al fin y al cabo,
había estado
cinco años solo.

Caminaba despacio
pensando a dónde ir.
Y no tenía sombra.
Por eso noté
que acababa de salir de la cárcel...

Baldosa tras baldosa.

Fregaba los suelos
y le pagaban por eso.

Baldosa tras baldosa.

No quedaba nadie
en el edificio.
Podía cantar
sin que la oyieran.
Y cantaba.

Baldosa tras baldosa.

El infinito trabajo
de cada día...

Estaba borracho
y decía verdades
como templos.
Todos se reían
creyendo que desvariaba.

Estaba borracho
y él lo sabía
y no quería estarlo;
pero esa era su rutina
de cada fin de semana...

Su historia era muy triste.
Su madre había muerto
cuando nació ella.
Sin embargo,
 ella sonreía
 cuando jugaba con su muñeca.
Se llamaba Mamá...

Le gritaba siempre
y todos se preguntaban
por qué seguía con él.
Cuando ella se fue
él lloraba
porque en su interior,
el interior que nadie conocía
lamentaba haber gritado
a la persona
que más quería...

Era conductor de autobús
y, después de tantos años,
veía a la misma gente
todos los días.

Su vida era así:
Sabía siempre a dónde iba
y cuál era su próxima parada...

Nadie comprendía sus cuadros.
Era pintor abstracto,
pero, ¿qué más le daba?
Al fin y al cabo
nunca nadie
le había comprendido...

¿Quién era capaz de saltar
desde el puerto al mar?

Él.

Era el más valiente
y nadie se atrevía
a mirarle.

Entonces vino a visitarle
la enfermedad
y pidió ayuda a los débiles,
pero no se atrevían
a mirarle...

La mili,
pronto desaparecerá,
pero a él le había tocado.

Leía el periódico
cada día,
temiendo horrorizado
encontrar la noticia
de una nueva guerra...

Su madre no comprendía
por qué cada mañana
la cama de su hijo
ya estaba hecha...

Vivía asustado,
como si todo el mundo
estuviera contra él.

Pobrecillo...
Estaba solo
y no se daba cuenta
que sólo él
estaba contra sí mismo...

Eran sordomudos
y se entendían
con su lenguaje de gestos.
¡Cómo lamenté
no poder entender
lo que se decían...!

Decía que había dejado
de creer en Dios.
Todos se preguntaban
por qué entonces
seguía llevando una cruz
colgada del cuello...

Tenía vergüenza
de hablar en público.

¿Por qué?

¿Era del aire?

No.

¿Era de la gente?

No.

Era de alguien,
de un recuerdo quizás
que le venía a la mente
y le impedía hablar...

Cuando se dio cuenta
de lo feo que era,
se volvió muy desagradable.
Y, poco a poco,
se quedó solo.
Por lo menos
siempre se consolaba
creyendo que estaba solo
por culpa de su fealdad...

—Soy tonto—
decía cuando le preguntaban
algo.
Y ellos se alejaban,
no se les fuera a pegar
aquella enfermedad...

Iba muy incómodo
con esa ropa.
Pero tenía que dar la imagen.
No dejaba que le acariciaran
porque le despeinaban.
No dejaba que le abrazaran
porque le arrugaban
la cazadora.
No dejaba que le amaran
porque algún día
podrían descubrir
que debajo de esa ropa tan cara
no había nada
que mereciera la pena...

Vosotros que estáis ahí

60

Vosotros que estáis ahí,

Sí...

Sólo vosotros...

61